

The cover features a central, fragmented portrait of a person's face, composed of various rectangular and square pieces. A hand is visible reaching out from a rectangular hole on the left side of the face. The background is a textured, light gray surface. Overlaid on the image are several thin, blue lines forming a grid and some thicker, semi-transparent blue geometric shapes. The magazine's logo is in the top left, and the title 'ESQUINAS' is in a large blue box at the bottom left. Publication details are in a smaller blue box at the bottom right.

LA
VISCERA
magazine

ESQUINAS

LaViscera

Año 04
Núm. 26
Junio 2024

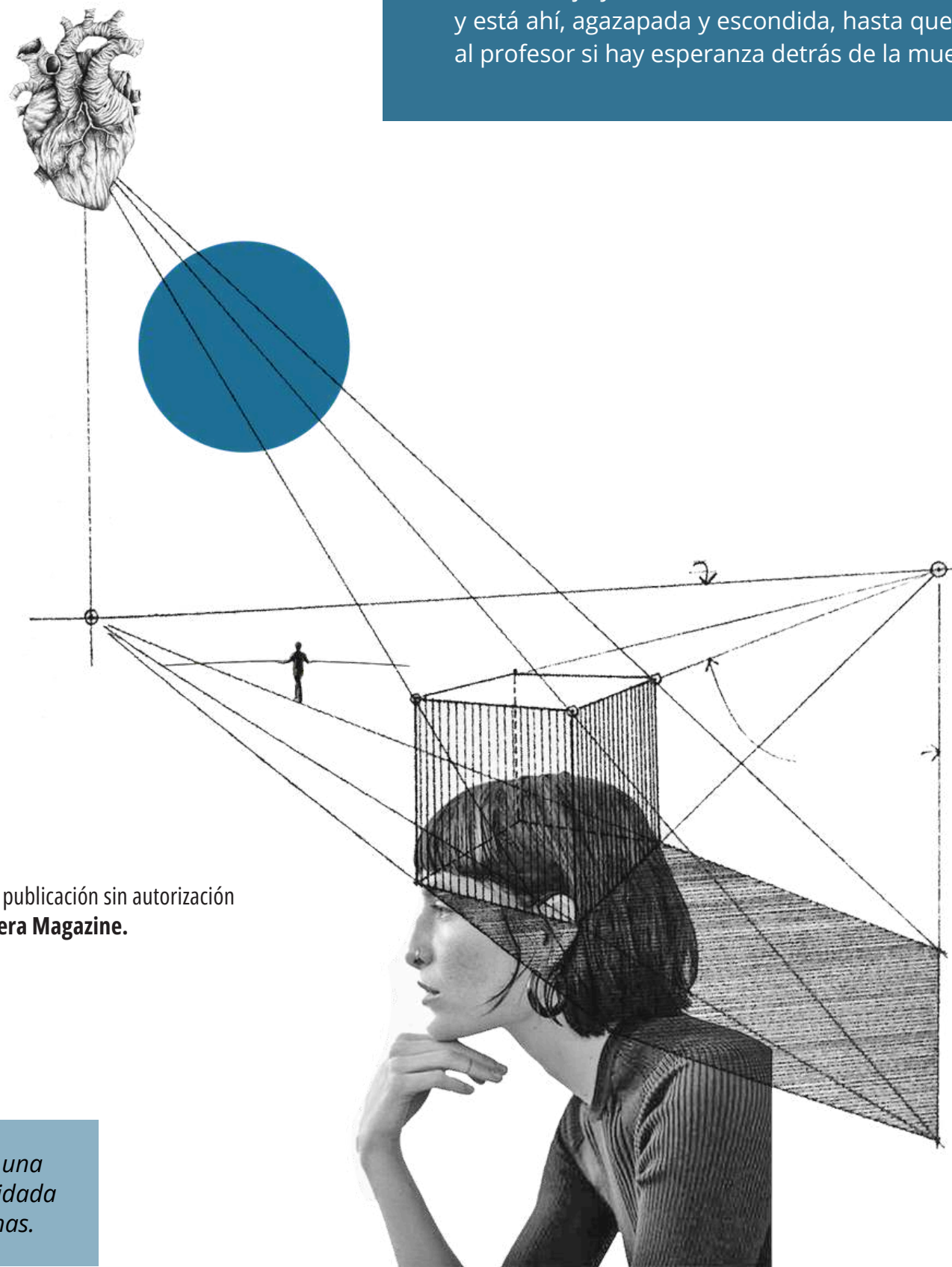


Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de **LaViscera Magazine**.

Todos los derechos reservados.

Hemos averiguado que vivimos en un insignificante planeta de una triste estrella perdida en una galaxia metida en una esquina olvidada de un universo en el que hay muchas más galaxias que personas.

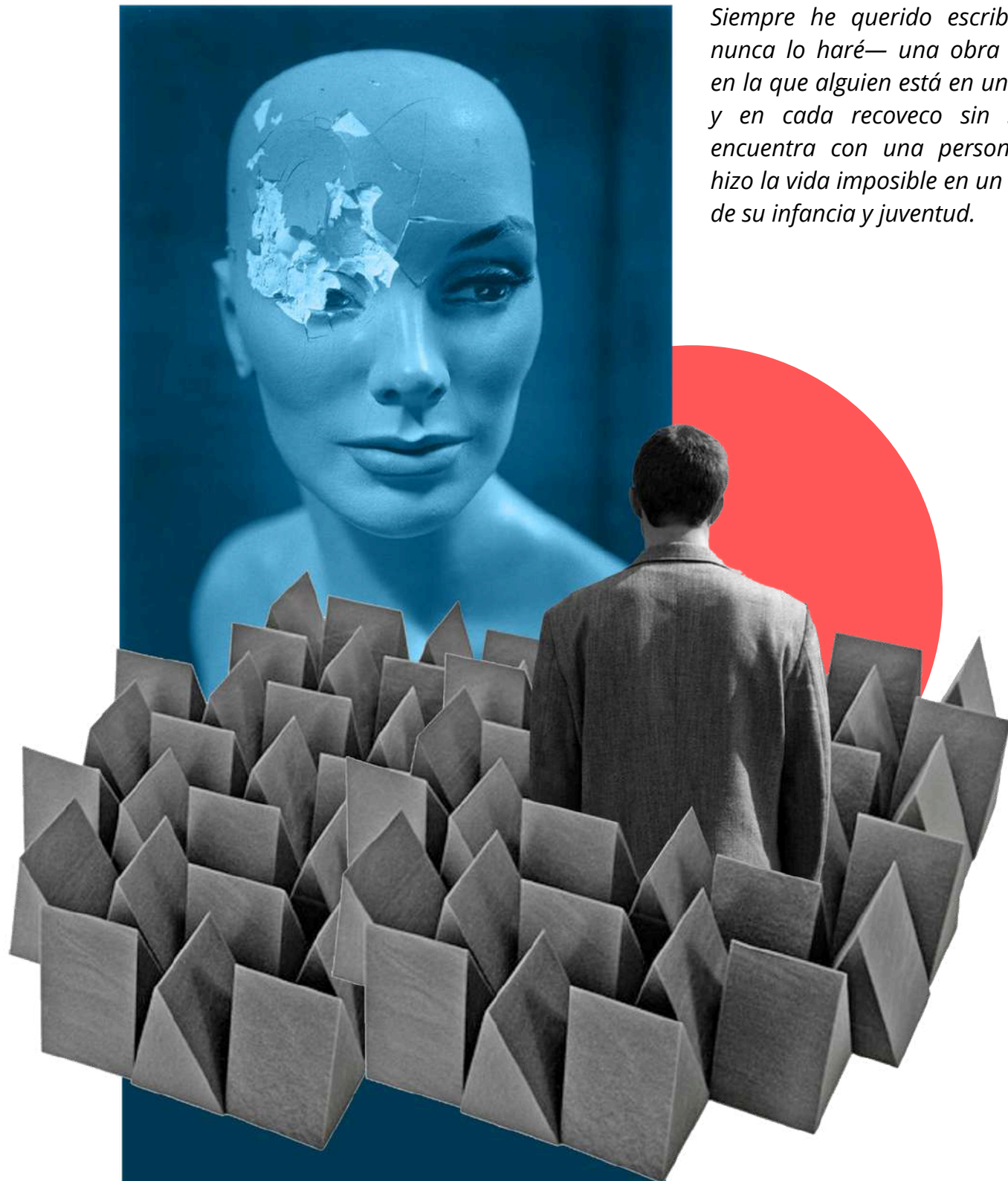
CARL SAGAN



Si los ojos fueran esquinas, serían aristas en las que tropezaríamos una y otra vez. Por eso, los poetas sufren de «esquinofrenia», las madres no comprenden el sufrimiento de alguien que no es su hijo y las sombras de las tardes aburridas parecen redondas y lúgubres. Así es la vida y está ahí, agazapada y escondida, hasta que alguien se atreva a levantar la mano y preguntar al profesor si hay esperanza detrás de la muerte.

ESQUINAS

- 04 Carlos Vicente
UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXV)
- 06 Patricia Sánchez
Y.
- 08 Andrés M. Níguez
LA FOTO
- 10 Carlos San Jorge
SIN SABER MUY BIEN POR QUÉ
- 12 Beatriz Gorjón
EL BAR DE LA ESQUINA
- 14 Edwing Vladimir: ESTROFAS VISCERALES
MEZQUINAS
- 16 VÍSCERAS INVITADAS: LUCÍA CHINER
MIEDO A DIARIO
- 18 VÍSCERAS INVITADAS: SORAYA HERRÁIZ
PASO LIGERO, YO TE LO MANDO
- 22 Pedro Vez Luque
LA OBRA



UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (XXV)

CARLOS VICENTE

Siempre he querido escribir —pero nunca lo haré— una obra de teatro en la que alguien está en un laberinto y en cada recoveco sin salida se encuentra con una persona que le hizo la vida imposible en un momento de su infancia y juventud.

Un hombre camina por el escenario vacío. Una pantalla con una proyección en la que el personaje parece que se mueve. De repente se encuentra con una mujer.

Hombre: Hola.

Mujer: ¡Hombre, Óscar!

Hombre: Hola.

Mujer: No sabes quién soy, ¿verdad?

Hombre: Si te soy sincero, no.

Mujer: Qué poco te acuerdas de los pobres, ahora que te han dado el premio Nadal.

Hombre: Disculpa, pero es que no sé quién eres. De verdad.

Mujer: Natalia. La que estaba sentada al lado tuyo en COU.

Hombre: Ah, Natalia.

Mujer: No me digas que sigues sin saber quién soy.

Hombre: No, no. Ahora me acuerdo.

Mujer: Claro, como trabajo en un supermercado y los famosos no hacéis la compra.

Hombre: ¿Y en el supermercado tratas a los clientes como me tratabas a mí en clase?

Mujer: ¿Perdón?

Hombre: Qué poco te acuerdas de los que éramos «pobres» antes. Claro, como ahora trabajas en un supermercado.

Mujer: Oye, Óscar. Perdona, pero no sé a qué te refieres.

Hombre: Es curioso que ahora me llames Óscar, que es mi nombre. No como antes, que te referías a mí delante de todos los compañeros como el granos purulentos.

Mujer: Son cosas que pasaban. Todo el mundo ha sido joven.

Hombre: Teníamos dieciocho años, Natalia. Dieciocho años.

Mujer: ¿Y sigues así? Ya veo que el premio ese te ha cambiado.

Hombre: Sí, en eso tienes razón. El premio me ha cambiado un poco. Ahora soy capaz de decir lo que antes no me atrevía. Y, mira, ahora que te encuentro aquí y te veo, te lo voy a decir. Antes me gustabas. Mucho. Me gustabas mucho. Y, ahora, que te veo y que te tengo delante, he de decírtelo. Menos mal, que no te dije nada de lo que sentía por ti. Ahora te veo como Picasso veía a las mujeres que pintaba: llenas de aristas. Pero tú te acuerdas de que cuando me veías en los bares dos años después, me mirabas por encima del hombro y ni me saludabas. Que parecía que tenía la lepra.

Mujer: La lepra, qué exagerado.

Hombre: ¿Qué pasa, que ahora que trabajas en un supermercado ya sí soy suficiente para ti? Ahora que ya no está tu padre, el director de la sucursal del barrio, ya quieres saludarme.

Mujer: Ni sé lo que significa aristas ni me interesa. Y no entiendo...

Y así seguiría la obra, con el hombre encontrándose con el niño que le pegaba todos los días en la guardería, con la profesora que se reía de él porque tenía mala letra, con el compañero que se reía de sus gafas, con la niña que le dijo que no sabía dibujar y con otros tantos que le hicieron la vida imposible.

Y.

PATRICIA SÁNCHEZ



Y te diste cuenta demasiado tarde de que la vida es como la esquina de esa mesa vieja y resistente que te clavás en la rodilla por ir demasiado deprisa a donde crees que debes ir. Siempre ha estado en el mismo sitio, desde que tienes uso de razón, pero un día, justo en el momento que tú crees menos oportuno (y cuándo es oportuno llevarse semejante hostia, dirás) te corta el paso en forma de punzante advertencia y te recuerda que por mucho que te esfuerces, nunca podrás controlarlo todo.

Y no es el primer golpe que recibes, está claro, pero este ha dolido especialmente.

Y, mientras frotas la zona adivinando la bonita hinchazón que te va a regalar tu torpeza, recuerdas que, en algún momento, compraste unos de esos «salvaesquinas» adhesivos que trataban de evitar situaciones semejantes. Fue hace mucho, se despegaron con el tiempo y no los sustituiste porque fuiste lo suficientemente estúpida como para confiar en tu inexistente destreza.

Y recibes con nula elegancia y escasa dignidad esa suerte de venganza por la osadía de creerte más ágil y más lista de lo que eres. Esa especie de advertencia cruel que te viene a decir que, por mucho bagaje emocional y defensa

social que te hayas fabricado, ahí está ella, dispuesta a demostrarte que no siempre eres capaz de sortear los obstáculos y que, como pillaste los cristales progresivos de la gama más baja, hay puntos ciegos que te van a garantizar unas cuantas cicatrices. Por confiada. Y por tacaña.

Y las cicatrices tienen su punto, pero no cuando son de esas de las que la gente no presume porque no se corresponden con ninguna batalla gloriosa, ni tan siquiera con una derrota de la que extraer algún momento de empática decadencia que te permita regodearte en el triste y cómodo agujero de la autocomplacencia y el victimismo.

Y ahí es cuando el dolor le hace hueco a la rabia. Por la confirmación de las torpezas propias y las falsas seguridades que cimentaste sobre terrenos equivocados. Porque te das cuenta de que no puedes culpar a la esquina de una mesa de una herida que te has provocado tú misma.

Y porque, mal que te pese, sabes que vendrán más.

Y eso sí. También constatas que tienes la capacidad de colocar el dolor en el mejor sitio posible. Que, al menos, la

experiencia, la educación que recibiste y esa terrible y temida madurez que te aqueja y te amenaza te han procurado eso: la certeza de saber que, aunque no puedas evitar el gesto fruncido y el gruñido quejicoso al recuperar la postura, de esta también sales.

Y te lo apuntas en la agenda (que ya no tienes cabeza para todo y sigues disfrutando del placer de escribir en papel) por eso de tenerlo presente, que cuatro esquinitas tiene tu ~~cama~~, y que no son precisamente angelitos los que las guardan. → mesa

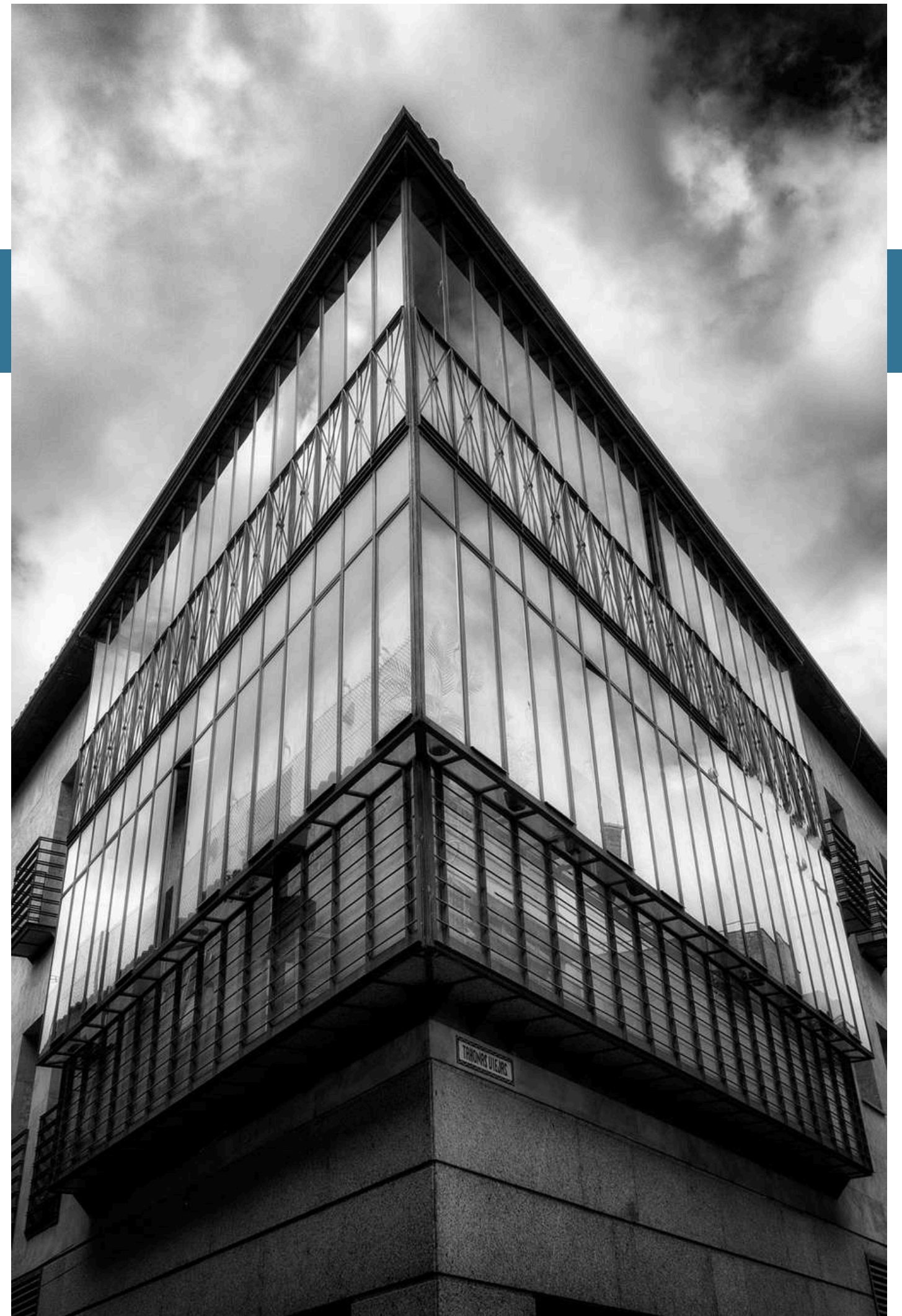
Y antepones el dolor a la bilis. Porque si algo te han demostrado los años es que ambos te destrozan y te consumen por dentro. Pero el dolor es más poético y al menos te permite, cuando hace efecto el relajante muscular, dormir por las noches.

Y punto.

LA FOTO

de ANDRÉS M. ÑÍGUEZ
para ESQUINAS

TE ESPERO EN LA ESQUINA
TAHONAS VIEJAS





SIN SABER MUY BIEN POR QUÉ

CARLOS SAN JORGE

A veces, sin saber muy bien por qué, cuando el día está nublado, todas las esquinas de la habitación están en una oscuridad absoluta. Desde la cama, miras a través de la persiana buscando un rayito de luz que se convierta en el generador de ese primer movimiento necesario para levantarte, aunque sea sin ganas, porque sabes por experiencia que de lo demás se encarga la inercia de la vida.

A veces, sin saber muy bien por qué, lo único que te apetece en esos días nublados es acurrucarte bajo las sábanas, que se tumben junto a ti, respiren contigo y no digan nada, y esperar así a que el día siguiente sea un poco más luminoso, un poquitín, tampoco se pide más. A veces, sin saber muy bien por qué, simplemente es así.

Lo que sí sabes, o sientes más bien, es que para lo único que no sirven esos días nublados es para que te quieran sacar de la cama a la fuerza, arrancándote las sábanas, empujándote o encendiendo la luz del cuarto porque si lo hacen sientes que te colocan en el centro de un laberinto oscuro con una venda en los ojos, te dan vueltas y te tumban boca abajo. Es horrible porque, por más que liberes los ojos y busques torpemente una salida, es tanta la desorientación que ese momento, nuevo para ti, es aterrador y te bloqueas tanto que te parece igual lo que tienes delante como lo que tienes detrás y lo único que te nace, por pura supervivencia, es sentarte en una esquina y rendirte.

Y cuando, derrotado, ya lo has dado todo por perdido y buscas que en esta guerra los daños sean mínimos, recuerdas que dentro de ti hay un ave fénix, dormitando, eso es cierto, pero con la capacidad de resurgir o, al menos, intentarlo. Así que te pones en pie y apelas a esa teoría, que has comentado tantas veces, de que para salir de un laberinto hay que girar siempre a la derecha. Y te pones manos a la obra.

Con mucho vértigo miras todas las salidas, las estudias, las analizas, pero da igual, eso ahora no sirve, así que te dejas llevar por un cierto instinto. Te colocas finalmente en la única salida que es diferente a la demás. Una que tiene en una de sus paredes un cartel luminoso con un mensaje que, por más que quieras entender, es ilegible pero se te antoja pensar que, cuando lucía, decía algo así como «PARA SALIR, SIGA ESTE CAMINO»

Aún acurrucado en la cama, este día nublado, con las esquinas en absoluta oscuridad, y sin saber muy bien por qué, respiras hondo, cierras los ojos, los abres, vuelves a respirar y pones la mano en la pared de la derecha confiando ciegamente y deseando ver a donde te lleva.

EL BAR DE LA ESQUINA

BEATRIZ GORJÓN

Está en una calle cualquiera, de un barrio cualquiera, de cualquier ciudad. Nadie sabe cómo se llama, nadie se acuerda de qué nombre ponía en el viejo cartel que se descolgó una noche de viento y lluvia hace años. Da igual. Es el bar de la esquina.

Paco y su mirada desgastada llevan cuarenta y cinco años detrás de ese mostrador. Arrastra sus pies mientras seca, con parsimonia, los vasos con un trapo ajado y piensa en lo largos que se le van a hacer los dos años que aún le quedan para la jubilación.

Levanta los ojos cuando el taconeo que precede a Manoli, secretaria en el edificio de al lado, rompe el silencio del bar cada mañana para recibir su dosis diaria de cafeína. Su aroma siempre fresco y limpio se mezcla con los olores añejos que el bar ha acumulado con el tiempo y que al salir también lleva pegados a ella.

Mientras, Pedro, un jubilado taciturno desafía al azar en la tragaperras, dilapidando sus días entre monedas y copas de coñac. Los dedos desgastados bailan con destreza sobre los botones, mientras sus ojos vidriosos buscan fortuna entre los símbolos parpadeantes. En una esquina del mostrador está Juan, de profesión desempleado, sentado en el mismo taburete de siempre. Con la mirada perdida, naufraga cada día en la espuma de una cerveza helada tras otra, buscando algo de consuelo en cada trago.

Y entre las penumbras del rincón más oscuro del local, una anciana de mirada astuta recibe en su mesa visitas de jóvenes cada día. Un par de susurros, un par de gestos sutiles y un rápido intercambio de mercancía y dinero con el que resuelve las transacciones ilegales que le permiten completar su escasa pensión. La vejez se convierte en un ingenioso disfraz de invisibilidad.

El bar de la esquina, un bar cualquiera, de una calle cualquiera, de cualquier ciudad.





ESTROFAS VISCERALES: MEZQUINAS

EDWING VLADIMIR



Si quieres escuchar
el texto en la voz de
su propio autor,
escanea el código
QR con tu dispositivo
móvil o pulsa aquí:

[MEZQUINAS](#)

Salgo de mi jornada por la noche, con el caminar pesado, gracias a un convenio que no me conviene y un salario que es calvario, avanzo malo.

La calle parece guardar, cual cajón de *outlet* barato, las pisadas de quienes no tienen un lugar en este mundo. Figuras que languidecen de luz bajan en cascada por la travesía, cuando ya las ilusiones están durmiendo a resguardo en esas casas que parecen de revista de decoración. Pero para nosotras no está escrito el cuento, o al menos, ese lugar nos suena *muy muy lejano*.

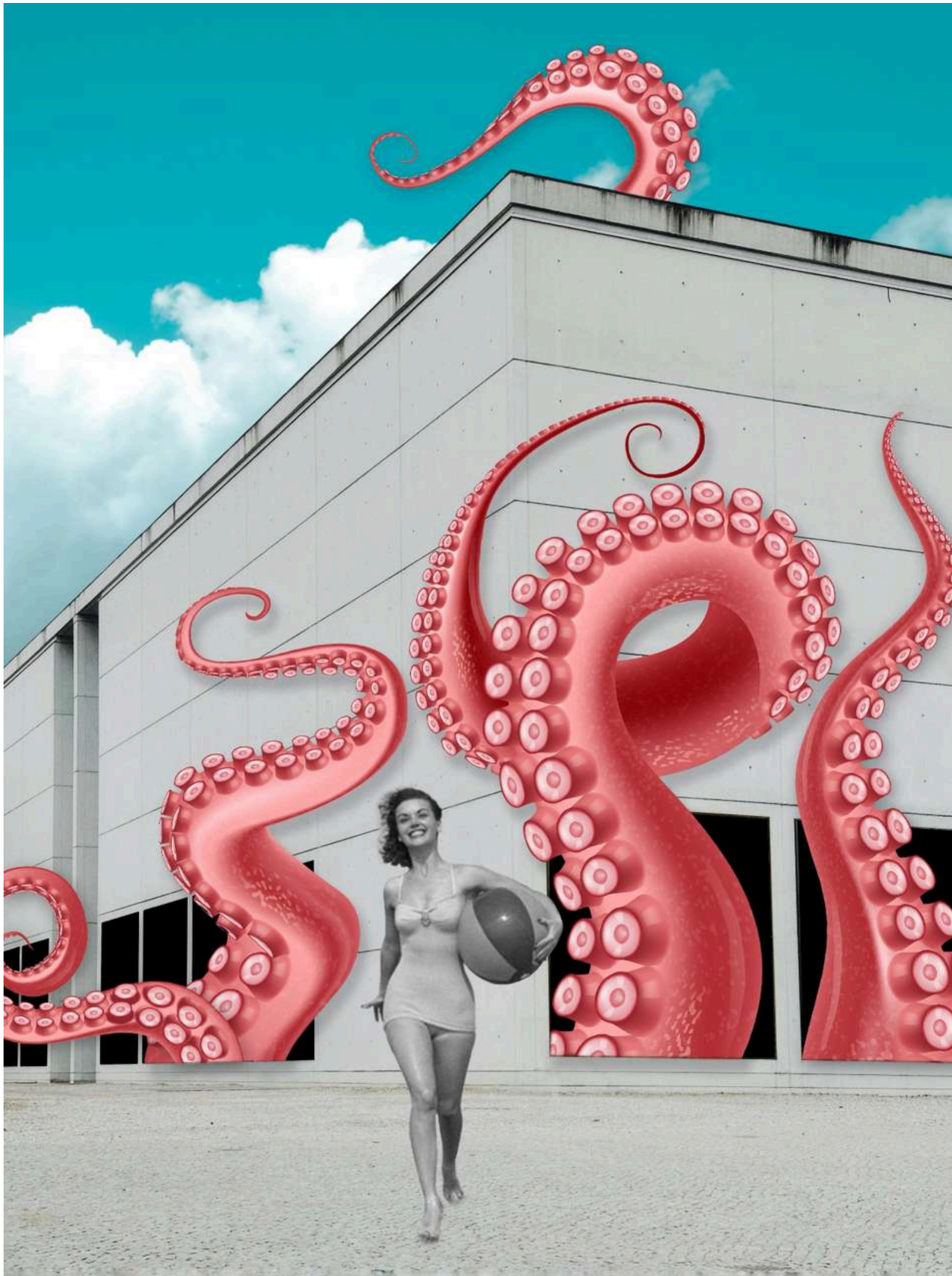
Vagamos, pero sin vagancia, hacia una parada de autobús rancia que nos devuelva al extrarradio. Ahí, muecas exhaustas son saludos cómplices, casi siempre somos la misma gente y sabemos de sobra que a estas horas no apetece hablar. El silencio solo se rompe por el *click* del abono transporte de cada persona que sube. Tomo asiento, suele ser el mismo. El ventanal del bus, acuerpado por la oscuridad, sirve de espejo donde se retransmite mi frenética lucha con el agotamiento: cabezada, susto, despierto, alrededor otras miradas con el mismo *Pantone* de grises en sus párpados. Es irónica la tremenda diferencia que hay en el singular-plural, sobre estas butacas desgastadas hay mucho sueño, pero pocos sueños.

Apoyo mis maltrechos pies en el asiento de enfrente y masajeo mis pantorrillas. Aprovecho a ojear el teléfono, leo un WhatsApp de mi hija «te he empanado un par de filetes de lomo mami, están en el microondas. Me voy a dormir. No te acuestes tarde, te quiero.»

Bloqueo el móvil, vuelvo a mirar a la nada tras el ventanal del bus 20 dirección Hogar.

Cosas del pan y el barro,
con un par y al barrio,
entre esquinas y avenidas.
Vida mezquina, fortuna esquiva,
pero vivas, hija mía,
SIEMPREVIVAS.

MIEDO A DIARIO
VÍSCERAS INVITADAS: LUCÍA CHINER



El miedo de cada día es empuñar las llaves como si fueran un arma; es llamar a tu madre o a tu pareja para decirles que vas de camino; es quitarte los auriculares para escuchar los pasos detrás de ti; es mandarle tu ubicación en tiempo real a la amiga de la que te acabas de despedir.

El miedo de cada día es no saber quién puede esconderse por las oscuras esquinas y sentir tu corazón latir con fuerza mientras haces el camino de vuelta a casa.



PASO LIGERO, YO TE LO MANDO

VÍSCERAS INVITADAS: SORAYA HERRÁEZ

«Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.
Paso ligero, yo te lo mando (...)».

Esa canción de Javier Álvarez. Ese estribillo es lo único que suena en mi cabeza cada vez que tengo girar una esquina. No, no puedo. La ansiedad comienza a invadirme, me apodera un miedo desproporcionado, irracional.

«Uno, dos, tres, cuatro. Uno, dos, tres, cuatro.
Paso ligero, yo te lo mando (...)».

Son muchas acciones y movimientos que dominar. No, no puedo. Quizá yo también estoy empezando a tener un comportamiento extraño.

La imagen de base para la maquetación de esta página parte del trabajo del fotógrafo Bruce McLean: *Pose Work for Plinths 3*, de 1971. Expuesta en la Tate Britain.



LAOBRA

de PEDRO VEZ LUQUE
para ESQUINAS

Luque
2024

LA
VISCERA
Magazine

